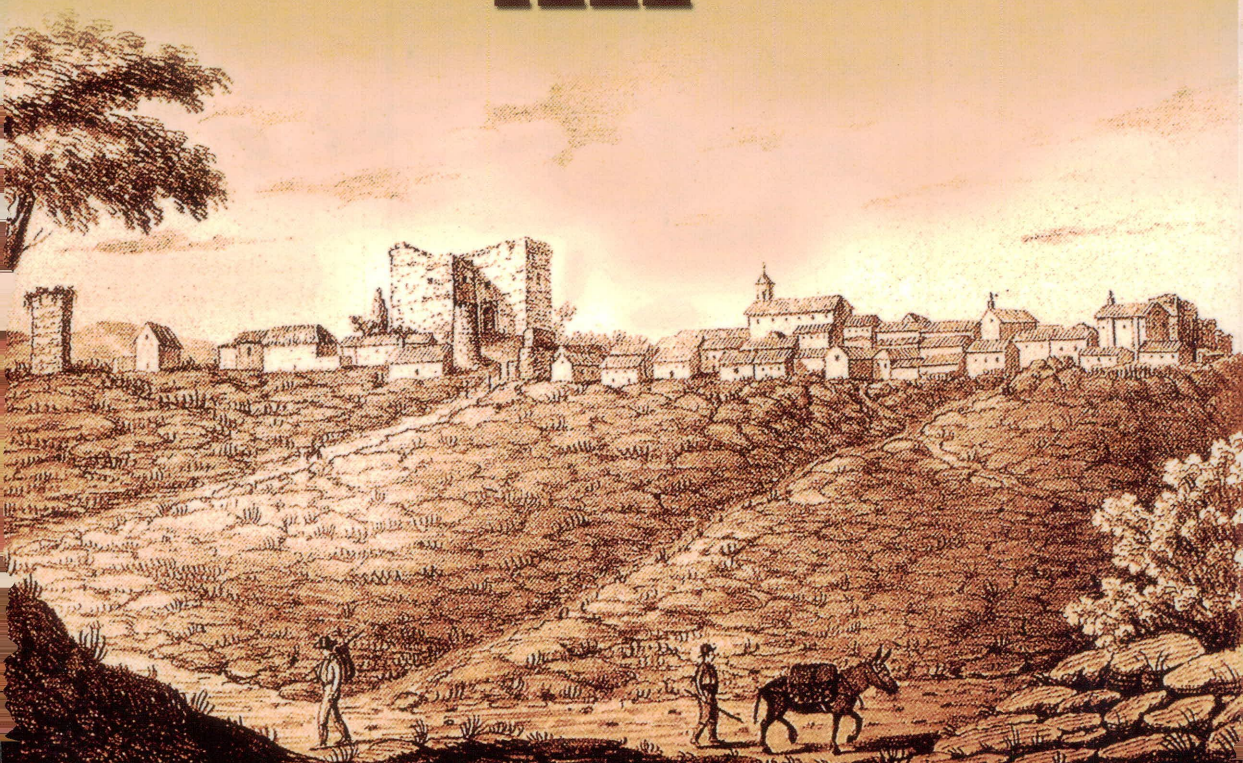


de Crónica
Córdoba
y sus Pueblos
XII



Córdoba, 2006

Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Crónica
de Córdoba
y sus Pueblos

Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Servicio de Publicaciones de la Diputación de Córdoba

Córdoba, 2006



Itre. Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Crónica de Córdoba y sus Pueblos, XII

Consejo de Redacción

Coordinadores

José Antonio Morena López
Miguel Ventura Gracia

Vocales

Enrique Garramiola Prieto
José Lucena Llamas
Juan Gregorio Nevado Calero
Pablo Moyano Llamas

Edita: Itre. Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Foto Portada: *Hornachuelos en el siglo XVIII, según un grabado de Francisco Pérez publicado en el Atlante Español.*

Imprime: Gráficas Alcazaba, S.L.
Políg. Industrial "Cerro de la Virgen", parc. 2
14650 Bujalance (Córdoba)

ISSN: 1577-3418

Depósito Legal: CO-1505-07

La huella cervantina oculta y revelada en Montilla

Enrique Garramiola Prieto

Cronista Oficial de Montilla

“...debiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos y no nada apasionados, y que ni el interés, ni el miedo, ni el rencor, ni la aflicción, no les hagan torcer del camino de la verdad”.

El Quijote, parte I, cap. IX.

Coinciden en el presente año 2005 las efemérides de dos significadas conmemoraciones literarias alusivas a Montilla en las biográficas vicisitudes de dos distinguidos autores: la de Miguel (Daniel Leví) de Barrios¹, el epígono escritor y poeta nacido en esta localidad cordobesa un día tres de noviembre en su trescientos setenta aniversario, y la del universal maestro Miguel de Cervantes Saavedra en el cuarto centenario de la publicación de la primera parte de su *Quijote*, que en sendas ocasiones, aunque de diferente manera, acuden en remembranza paisana.

En la conmemoración del cuarto centenario de la primera edición del libro español más universal y uno de los más divulgados y traducidos desde enton-

¹ El menor de siete hijos de un emigrado portugués, por circunstancias familiares con la Inquisición, en 1659 marchó a Italia y a los Países Bajos donde llegó a ejercer de capitán de los tercios españoles en Flandes. Miembro de la colonia sefardí se declaró públicamente criptojudío. Autor de: *El canto junto al encanto*, comedia versificada (1665); *Imperio de Dios en la armonía del mundo* (Bruselas, 1670); *Coro de las musas* (Bruselas, 1672, Amsterdam. 1672, y Amberes, 1694); *Contra la verdad no hay fuerza*, Drama en verso (Amsterdam, 1673); *Sol de la vida* (Bruselas, 1673); *Flor de Apolo* (Bruselas y Amberes, 1674); *Poesías famosas y comedias*, segunda impresión (Amberes, 1674); *Metros nobles* (Amsterdam, 1675); *Árbol florido de noche* (Amsterdam, 1680); *Estrella de Jacob* (Amsterdam, 1686), y *Atlas angélico de la Gran Bretaña* (1688).

ces en el mundo, congratula recordarlo con el nombre de Montilla en cuyos anales estuvo presente el autor del *Quijote* en las dos mencionadas oportunidades: una de proverbial incógnita sirviendo la localidad al experto creador de casual telón de fondo, y otra en su pensamiento para ostensible manifestación irónica por parte del socarrón trotamundos que experimentó en todas las facetas literarias su propia deontológica tarea de hábil enseñante, mientras muy pronto aprendía estoicamente a aplicar en su escritura de envidiado autor el más aceptable pero llevadero sentido filosófico de la vida desde la contemplada vicisitud del intérprete casi siempre perjudicado.

“En un lugar de la Mancha...”

La primera referencia cervantina fuera de las fronteras hispanas y la primera edición monumental del *Quijote* -apuntaba Astrana Marín en su *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra*²- surgieron de la admiración y munificencia de un prócer inglés, el barón Lord Cartered (1690-1765), político e insigne hombre de letras. En su entusiasmo por Cervantes, hacia 1720 había encargado a Harry Bridges la versión de algunas de las *Novelas Ejemplares*³. El volumen segundo⁴ contiene la versión, bastante libre, de seis de las novelas, de ellas, una apócrifa. *El Casamiento Engañoso* y *El Coloquio de los Perros* fueron traducidas por primera vez al inglés.

La atención hacia la interesante vida del autor del *Quijote*, el texto literario más representativo de la mentalidad hispana de todos cuantos se han escrito, se inició cuando el ministro de Estado, lord Cartered, quiso obsequiar con la biografía del destacado escritor español a la reina Carolina de Anspach, esposa del Jorge II de Inglaterra, que había reunido para su entretenimiento una copiosa y selecta biblioteca, en la que, por indicación de Dominga Fernández de Córdoba y Guzmán, la esposa del embajador Cristóbal-Gregorio Portocarrero y Guzmán, quinto conde de Montijo, no podía faltar la cita biográfica del magistral novelista español. La puntual orientación de la condesa de Montijo, a la cual fue dedicada la obra⁵, quien con sus dotes de inteligencia y cultura supo granjearse grandes simpatías en la corte británica, condujo al encargo a Gregorio Mayáns y Siscar, jurista y uno de los eruditos más preparados del siglo XVIII, primer autor de la *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra* (1737).

² Ed. Reus, en VII tomos, Madrid, 1949, t. II.

³ Bristol, 1728.

⁴ De 344 páginas en cuarto.

⁵ Londres, 1738, probablemente por sus esfuerzos personales en los conflictivos momentos de tensión bélica entre los dos Estados.

A partir de entonces prendió el interés de ensayistas y críticos de indagar en el recóndito protagonismo del inválido soldado mercenario de Lepanto, regenerador con personalísimo estilo y novedoso contenido del paso de la novelística europea medieval a la efusión renacentista, dando a conocer y transmitiendo toda la información asequible de la sociedad de su tiempo, las apariencias y realidades de la vida común y vulgar para llegar a entender razones, dilucidaciones y consecuencias históricas de aquellos proceder de la naturaleza humana transformada por las circunstancias cronológicas.

Siguieron a Mayáns numerosos investigadores y censores literarios -Martín Sarmiento, Juan Antonio Pellicer, Juan de Iriarte, Vicente de los Ríos, Martín Fernández de Navarrete...- y aunque recabaron abundante información apenas si lograron noticias biográficas de antes de octubre de 1568 en que Cervantes contaba veintiún años de edad. Sin embargo a lo largo del siglo XX han sido más positivos los resultados acerca de averiguaciones de índole personal y de curiosos detalles de temática literaria como el jugoso contenido anterior de los comentarios de Diego Clemencín (1833-1839).

En el último tercio decimonónico, acaso por el afanado desbordamiento de los estudios históricos ante la proximidad del centenario del Descubrimiento de América, «la publicación de *Cervantes, marino*, por Cesáreo Fernández Duro, da origen a los de *Cervantes, jurista*, *Cervantes, teólogo*, *Cervantes, médico*, *Cervantes, filósofo*, *Cervantes, inventor*, *Cervantes, músico*, *Cervantes, educador*, *Cervantes, administrador militar*, *Cervantes, republicano federal*, etc. ¡La locura!⁶

Del Quijote a las Novelas Ejemplares

Desde la amplísima perspectiva lingüística universal, la razón del considerable legado cultural que representa la importante obra cervantina, muy especialmente en cuanto a la trascendental capacidad comunicativa alcanzada y superada por la clarividente pluma del afamado Miguel de Cervantes Saavedra, concita una vez más a ponderar la ocasión de acordarnos de los múltiples casos de nexos cervantinos con aforísticos lugares que como Montilla motivan reveladas huellas literarias inolvidables.

La memoria literaria del más universal autor hispano rememora en dos diferentes acontecimientos a Montilla, consecuentemente al paso y eventualidad del entonces buscavidas Miguel de Cervantes, encargado del comisario recaudador Torre Isunsa, que desde Sevilla se ocupaba en la recogida en tierras andaluzas de los tributos establecidos por el Consejo de Castilla para hacer

⁶ ASTRANA MARIN, L., *Op. cit.*, t. I, p. LXIV-LXV.

remediar los cuantiosos y permanentes gastos bélicos de las guerras con Portugal, Cataluña, así como para la formación de la Real Armada, la *Invenible* sucumbida entre el tormentoso oleaje del Mar de la Mancha en 1589, con que seguir afrontando los habituales asaltos de la flota y camuflajes de piratería del imperio inglés -del recién fallecido Enrique VIII- que atacaba constantemente al de España de la ya comenzada merma de tesorería, en vísperas del óbito de Felipe II en 1598.

El biógrafo Luis Astrana Marín, cuando redactaba y publicaba su extensa obra (1948-58), pudo recoger la información sobre la estancia en Montilla de Miguel de Cervantes, obtenida por el profesor peruano Raúl Porras Barrenechea que por entonces investigaba acerca de la supuesta residencia en ella -luego verificada- del mestizo historiador limeño el Inca Garcilaso de la Vega.

Raúl Porras halló autógrafos de Miguel de Cervantes en escrituras notariales fechadas en 1591 relativas a las sacas de cereales y leguminosas a los labradores montillanos, cuyas noticias junto a algunas otras sobre destacados personajes de la época⁷ fueron publicadas en un libro biográfico del Inca Garcilaso⁸ y cedidas a Luis Astrana Marín que las incluyó en el volumen VII de su obra (1958).

Cervantes en Montilla

A finales de noviembre de 1591 llegaba Cervantes a Montilla, “villa del famoso y gran cristiano marqués de Priego, señor de la casa de Aguilar y Montilla” - como expresa en el *Coloquio de los Perros*- refiriéndose al cuarto marqués, Pedro Fernández de Córdoba y Figueroa, esposo de Juana Enríquez de Ribera y Cortés, hija del tercer duque de Alcalá de los Gazules y marqués de Tarifa, y nieta de Hernán Cortés, el conquistador de Méjico.

Mientras se efectuaba “la saca que más sinsabores proporcionaron a Cervantes y disgustos a Isunsa”⁹, el comisario real denunciado por el vecino de Teba (Málaga), el alcaide del castillo de Gibralfaro, y arrendador de las tercias de aquella villa y de las de la cercana Ardales en los años 1589, 90 y 91, que no reconoció autoridad ni facultad subrogada a Nicolás Benito, a quien Cervantes había encargado para el cometido recaudatorio por delegación de Isunsa,

⁷ Porras halló documentación familiar del misionero franciscano fray Francisco Sánchez Solano, el santo patrono de Montilla, fallecido en Lima (1610) y de las fantaseadas «Camachas» procesadas por la Inquisición e incrustadas en la leyenda por el coadjutor jesuita Sebastián de Escabias, autor de los anónimos *Casos raros* o *Casos notables de Córdoba*,

⁸ Anticipadas en conferencia en el Teatro Garnelo de Montilla (14-III-1950) y en *El Inca Garcilaso de la Vega en Montilla (1561-1614)*, ed. Instituto de Historia, Lima, 1955.

⁹ Astrana, *op. cit.*, t.VII, p. 502.

que a su vez tenía contratado a Miguel y del cual éste dependía.

Merece la pena releer el *Quijote* y al montillano hacerse eco del entero capítulo XIX, como asimismo del persuasivo *Coloquio de los Perros*, que forma parte de *El casamiento engañoso* (*Novelas Ejemplares*, primera edición, de 1613) en que “Llegamos, pues, por nuestra jornadas contadas, a Montilla, villa del famoso y cristiano Marqués de Priego, señor de la Casa de Aguilar y Montilla...”, donde “Alojaron a mi amo, porque él lo procuró, en un hospital”, y los canes Cipión y Berganza, del Hospital de la Resurrección de Valladolid, fuera de la Puerta del Campo, a quien comúnmente llaman “los Perros de Mahudes”, conversan recordando por boca de Berganza a *Montiel, el perro sabio*, el hijo de *la Montiel* convertido en animal, “una cierta historia que me pasó con una grande hechicera, discípula de la Camacha de Montilla”, transmitida por la vieja *Cañizares*, hospitalera locuaz y menguada bruja añorante de que en “esta villa vivió la más famosa hechicera que hubo en el mundo a quien llamaron *la Camacha* de Montilla”, la de las legendarias hazañas, “tan única en su oficio, que las Éritos, las Circes, las Medeas, de quien he oído decir que están las historias llenas, no la igualaron. Ella congelaba las nubes cuando quería, cubriendo con ellas la faz del sol; y cuando se le antojaba volvía sereno de el más turbado cielo; traía a los hombres en un instante de lejanas tierras, remediaba maravillosamente las doncellas que habían tenido algún descuido en guardar su entereza; cubría a las viudas de modo que con honestidad fuesen deshonestas; descasaba a las casadas y casaba las que ella quería; por diciembre tenía rosas frescas en su jardín y por enero segaba trigo”.

El trance ciertamente histórico acerca de “las Camachas”, y su incidencia inquisitorial, reducido a singular, ya que la única a que se refiere Cervantes y la única procesada como con sarcásticas atribuciones de hechicera por el Santo Oficio, puede ser conocido por la lectura de nuestro libro titulado *La Camacha cervantina, de la leyenda a la realidad*¹⁰.

Cuando el profesor Porras Barrenechea, a la sazón embajador del Perú en España visitó por primera vez Montilla para presidir los actos del IV Centenario del nacimiento de San Francisco Solano en julio de 1949, tuvimos el honor de conocerle personalmente, volviendo a vernos durante las fechas de su investigación biográfica en los archivos montillanos sobre el Inca Garcilaso de la Vega.

Y ¿quién nos lo iba a decir, al cabo de más de media centuria de frecuentes tareas de búsqueda en el archivo de protocolos notariales hallando huellas del mestizo Garcilaso con motivo de las sucesivas Jornadas en torno de su vida y obra? Entre la documentación cervantina aparecida desde la localiza-

¹⁰ Ed. Excmo. Ayuntamiento de Montilla, 1998.

ción documental del profesor Porras, tuvimos la suerte de dar con algunas noticias relacionadas con Miguel de Cervantes, alguna de ellas tan sugestiva como el inédito documento hasta 1991 en que lo publicamos¹¹. Por una escritura de concierto entre la cofradía del Santísimo Sacramento de Montilla, fechada el 3 de octubre de 1593, veinte y cuatro labradores montillanos apoderaban a los directivos para llegado el caso de recuperar de las fanegas de trigo y cebada “que Miguel de Cervantes de Saavedra, comisario del Rey nuestro señor” les “había sacado el año pasado de noventa y uno para la provisión de las galeras de su majestad”¹² cuyo importe total de 268 reales donaban a la cofradía para ayuda al pago de una custodia encargada al platero sevillano Alfaro, que sin embargo luego lo fue al platero cordobés Diego Fernández, con fecha 4 de abril de 1592 “para que se pueda sacar en la procesión del Corpus Christi que viene del noventa y tres” en precio de 50 ducados. Por otros documentos supimos que Cervantes en sus viajes de cobranza pasaba por Montilla entre 1588 y 1592 procedente de Écija y La Rambla hasta Castro del Río, donde acusado falsamente de escamoteo pecuniario en los juegos de naipes hubo de finalizar su tarea por su prisión durante cerca de tres años en 1593, en que la justicia le absolvió, siendo condenado en Sevilla el portugués verdadero culpable del hurto.

Sentencioso poeta, el temprano maltratado por el triunfo novelesco del *Quijote*, “en la cumbre de la rueda de la Fortuna”, aunque nunca en vida de asegurado porvenir, reiteraba apostillando a sus semejantes con cabal aire profético:

*“Volverán en su forma verdadera,
cuando vieren con presta diligencia
derribar los soberbios levantados
y alzar a los humildes abatidos
con poderosa mano para hacerlo”.*

El Caballero de la triste figura

También Cervantes relaciones veladamente a Montilla en otro episodio quijotesco. El veterano soldado, “manco de Lepanto”, y fatigado recaudor, se enteró en Sevilla por confidencia de su amigo de origen cordobés, Tomás Gutiérrez, antiguo intérprete de sus comedias, a quien Miguel sirvió como testigo en un pleito contra la cofradía sacramental hispalense mantenido por el entonces mesonero a quien se le negaba su calidad cofrade alegándole su poco digno y actual oficio, de la asombrosa peripecia acontecida, al cabo de los

¹¹ GARRAMIOLA PRIETO, E., *Cervantes en Montilla. Un inédito documento cervantino*, Montilla, 1991.

¹² *Ibidem*, A.P.N.M., Of. Escno. J. Díaz de Morales, f. 321.

años incluida en un fantástico pasaje quijotesco.

El ya venerable y joven mentor de la reforma de la Orden Carmelitana, Juan de Yepes, conocido como fraile por Juan de la Cruz, arrebatado poeta de ardoroso verbo iniciado en los secretos místicos, el descubridor de la gracia divina y encendido espíritu, que con sutil pluma de apostólicas inquietudes, emulando e interpretando el *Cantar de los Cantares*, plasmaba en líricas estrofas de la *Noche oscura...*, en la *Llama de amor viva*, en el *Cántico espiritual*, en la *Subida al Monte Carmelo*, y multiplicando sus orientaciones epistolares en el compendio de *Avisos y sentencias* (“dichos de discreción para el caminar de luz”), fiel colaborador de la reformadora Teresa de Ávila, renovador apostólico y perseguida víctima de vejación, agresión y encarcelamiento por la insidia de los Calzados, que se oponían a la Reforma, como otro predestinado P. Maestro Juan de Ávila, humildemente, sin proponérselo, lograba comunicar sus afectivas vivencias con el más originalísimo potencial intuitivo su ecuménico mensaje, en la más acrisolada y definitiva cumbre lírica.

Hacia 1578 proseguía fray Juan de la Cruz su labor reorganizadora en el claustro del Calvario de Villanueva del Arzobispo, y al año siguiente fundaba el convento de Baeza; en 1581 asistía a la fundación de las Descalzas de Granada. Y elegido provincial de la Orden Descalza masculina contra su voluntad, hacia 1588 concurría a fundar otro nuevo convento en Segovia.

Pero hallándose obligadamente a finales de 1591 en el convento de Úbeda, hubo de permanecer retirado para “curar unas calenturillas”, donde falleció antes de la Navidad.

Prosiguiendo las investigaciones y estudios de los cervantistas, el crítico Martín Fernández de Navarrete descubrió lo acaecido y desveló la sugestiva aventura.

En 1641, el P. carmelita fray Jerónimo de San José, hagiógrafo del santo dio cuenta de cómo se había desarrollado la resonada aunque más tarde casi olvidada incidencia que motivó el repentino óbito del distinguido dirigente carmelita.

El especialista cervantino Astrana Marín la recoge en su extensa biografía. Enterada enseguida una muy influyente devota de que el cadáver del venerable fundador había recibido sepultura en el claustro de Úbeda, se puso en contacto con su hermano a fin de agenciar lo que prontamente ambos decidieron. Después de nueve meses de gestiones, el abogado Luis de Mercado y Peñalosa, oidor del Real Consejo de Valladolid, obtuvo del vicario general de la Reforma Descalza, licencia para la exhumación y traslado de los restos mortales desde Úbeda al previsto panteón en el convento de Segovia que ambos hermanos (de donde eran oriundos), y como patronos tenían decidido

erigir. Aunque no fue posible hasta septiembre de 1592 cuando el encargado del levantamiento del cadáver procedió secretamente a hacerlo y para el más adecuado disimulo fue quebrantado e introducido en un pequeño baúl o maleta y sacado del convento «a la hora más quieta de la noche». Acorde con la taumatúrgica mentalidad de la época, el biógrafo carmelita añadía la misteriosa presencia y desaparición de la figura de un hombre que conminaba “a grandes voces” a los portadores que devolviesen el cadáver del santo y que al ofrecerle para ahuyentarlo una moneda de plata, se convencieron de haber tenido el sortilegio de una malévola visión.

Habiendo trascendido escandalosamente en Úbeda los graves manejos y profanado hurto del cuerpo del difunto, se fue incoada querrela de reclamación y la Santa Sede sancionó el litigio con el cumplimiento de la sentencia que amistosamente convenía entre los devotos de las dos ciudades de repartir la conservación de reliquias en sendos conventos.

Los hermanos Luis y Ana de Mercado y Peñalosa tenían alguna relación de intereses económicos con lugares del mediodía cordobés, como propietarios y administradores de los salobrales o minas de Santa Cruz, Duernas, El Salado, Malabrigo y Aguilar, que aprovisionaban el suministro de la sal en la capital del reino y en la comarca sureña. Y su encargado general, Juan de Medina, natural de Montilla, fue quien ideó la estratagema del fantaseado encubrimiento nocturno con el desviado itinerario desde Úbeda a Montilla, donde los restos mortales de San Juan de la Cruz permanecieron secretamente ocultos aunque mostrados a la discreta vista de algunas distinguidas personas, como el cuarto marqués de Priego, Pedro Fernández de Córdoba y Figueroa (enfermizo y achacoso cuarentón, frecuente habitante en su morada de Montilla), más sus familiares y allegados de su casa), eludiendo el más directo camino de Úbeda a Madrid.

«-Te ruego, Sancho, que tengas buen ánimo, que la experiencia te dará a entender el que yo tengo. -Sí tendré, a si a Dios place [...] y apartándose los dos a un lado del camino, tornaron a mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres y a de allí a muy poco descubrieron muchos encamisados, cuya temerosa visión de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el cual comenzó a dar diente con diente, como quien tiene frío de cuartana; y creció más el batir y dentellear cuando distintamente vieron lo que era, porque descubrieron veinte encamisados, todos a caballo, con sus hachas encendidas en las manos, detrás de las cuales venía una litera cubierta de luto, a la cual seguían otros seis de acaballo, enlutados hasta los pies de las mulas, que bien vieron que no eran caballos en el sosiego con que caminaban. Iban los encaminados murmurando entre sí con una voz baja y compasiva. Esta extraña visión, a tales horas y en tal despoblado, bien bastaba para poner miedo en el corazón de Sancho y aun de su amo... -Deteneos, caballeros o quienquiera que seáis, y dadme cuenta de quien sois, de donde venís, adónde vais, que

es lo que en aquellas andas lleváis... Un mozo que iba a pie, viendo caer al encamisado [de una mula asombradiza], comenzó a denostar a don Quijote, el cual encolerizado, sin esperar a más, enristrando su lanzón arremetió a uno de los enlutados y malferido dio con él en tierra, y revolviéndose por los demás era cosa de ver con la presteza que los acometía y desbarataba, que no parecía sino que en aquel instante le habían nacido alas a Rocinante según andaba de ligero y orgulloso. Todos los encamisados eran gente medrosa y sin armas y comenzaron a correr por aquel campo con las hachas encendidas, que no parecían sino a los de las máscaras que en noches de regocijo y fiesta corren. ...Así que, muy a salvo don Quijote los apaleó a todos, y les hizo dejar el sitio mal de su grado, porque todos pensaron que áquel no era hombre sino diablo del infierno, que les salía a quitar el cuerpo muerto que en la litera llevaban [...] al primero que derribó la mula, a cuya luz le pudo ver don Quijote, y llegándose a él le puso las punta de lanzón en el rostro, diciéndole que se rindiese, sino, que le mataría. A lo cual respondió el caído: -“Harto rendido estoy, pues no me puedo mover, que tengo una pierna quebrada: suplido a vuestra merced, si es caballero cristiano, que no mete, que cometerá un gran sacrilegio, que soy licenciado, y tengo las primeras Órdenes. - ¿Pues quién diablos os ha traído aquí, siendo hombre de iglesia? -¿Quién, señor? -replicó el caído-. Mi desventura.

Y “con esto se fue el bachiller, y don Quijote preguntó a Sancho que qué le había movido a llamarle *el Caballero de la Triste Figura*”.



**Iltre. Asociación Provincial Cordobesa
de Cronistas Oficiales**

